

NOVELAS AMERICANAS.

LA CHIRIGUANA

POR

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

ANACOANA

POR

TEMÍSTOCLES AVELLA.

LA ROCA DE LA VIUDA

POR

RICARDO ROSSEL.

REGALO DE **LA ONDINA DEL PLATA**
Á SUS SUSCRITORES DE 1877.

BUENOS AIRES,

Imprenta y Administración,
Santiago del Estero 176.
1877.

LA ROCA DE LA VIUDA.

(LEYENDA PERUANA.)

POR

D. RICARDO ROSSEL.

(Leida en el Club Literario el 20 de Mayo de 1875.)

INTRODUCCION.

LOS CAZADORES.

El 15 de Agosto de 185.....dos jóvenes de aspecto distinguido, escoltados por un paje negro, despues de haber asistido á la misa que se celebra en la capital de Cocharcas al rayar el alba, salian por la portada del mismo nombre al buen paso llano de sus briosas cabalgaduras.

Fácilmente podia averiguarse que la aficion á la caza era el motivo que les habia obligado á abandonar el abrigado lecho, á hora tan desusada para los dormilones habitantes de la ciudad de los Reyes. Claro indicio de ello daban las excelentes escopetas que pendian de sus hombros, los morrales y demas útiles del oficio, que se adivinaban bajo los pliegues de sus ponchos, y los dos finísimos perros que erguida la cerviz y alta la coposa cola, saltaban lijeros delante de los caballos de sus amos.

Las cercanías de la capital son pobres de casa, pues perseguida tenazmente por los cazadores de oficio, es extinguida ó ahuyentada por esta raza de gavilanes, que matando á tanto la docena, someje los lances de este noble ejercicio al cálculo aritmético, y desacredita al gremio de los verdaderos y entusiastas aficionados.

Por eso Víctor y Eugenio, que pertenecian al número de estos últimos, se dirijian al pintoresco valle de Lurin, don-

de á la sombra de los añosos sauces y *guarangos* de la campiña entonan su alegre cantinela el corregidor y el huan-chaco; donde se escucha el melancólico acento de la cuculí bajo el coposo follaje de los naranjos y limoneros de Pac-hacamac, y donde el rosado flamenco, la blanca garza y el tornasolo pato se bañan en las lagunas que se extienden sobre la verde sabana á orillas del mar.

Pronto dejaron atrás nuestros cazadores largos callejones y pedregosas pampas, y dominaron la altura donde comienza la tablada. Desde este punto el camino es bellissimo, particularmente en la época de nuestro relato, en que cubiertas las lomas de verdura, ofrecía el aspecto mas encantador.

Ociosa juzgaria la descripcion que merecen tan risueños parajes aquel que, no conociendo la prosáica y sedentaria vida que se hace en Lima, creyese con justicia que no habia quién no los hubiese recorrido, distando apenas tres leguas de esta ciudad. Pero sabido es que la mayor parte de los limeños no conoce mas campiña que las que se les ofrece á la vista por las ventanillas del tren, que los conduce á alguno de los puntos inmediatos á la capital, y poquísimos son los que salen de su recinto, para aspirar el aire libre y disfrutar de los encantos que brinda la naturaleza, disculpando mas que justificando sus perezosos hábitos, con los exajerados peligros á que los expone la falta de seguridad en nuestros campos. En cambio, candorosamente creen trocar la vida de la corte por la campestre yendo á pasar la *temporada* á la árida vida de Chorrillos, donde se ahogan en la calurosa estación encerrados en sus estrechas callejuelas é incomodos ranchos.

Sigamos, pues, á nuestros jóvenes viajeros.

Viva alfombra de esmeralda matizada de frescas florecillas huellan los cascos de sus caballos, cruzando por entre los numerosos y dispersos rebaños que pacen la crecida yerba, y cuyas pieles manchadas con caprichosa variedad de colores se destacan sobre el fondo uniforme de los cerros, ofreciendo en lontananza el mismo aspecto que una mesa sobre cuyo verde tapete hubiese arrojado travieso niño un puñado de pintadas grajeas.

Los corderos corren al balido de las ovejas, los juguetones cabritillos triscan alegres, el ternero hambriento responde al mujido maternal que le convida con ópiparo desayuno, y, así las sonoras voces de los cuadrúpedos forman grave armonía, que acompaña el melodioso concierto que entonan millares de pajarillos buscando diligentes su sustento entre las flores.

Hácia la derecha, la espaciosa meseta va descendiendo en suaves ondulaciones hasta el anchuroso llano, que los cazadores contemplaban extasiados.

En primer término, los estensos plantíos de caña San Juan y Villa se mecian blandamente al soplo del viento, semejando la superficie de un lago de ondas de oro. Mas léjos, se distinguían los campanarios de las haciendas, como nido de palomas suspendidos entre el verde follaje de frondosa arboleda. Mas allá aun, se divisaban vagamente las poblaciones de Chorrillos y Miraflores tendidas á orillas del mar, y últimamente sirviendo de digno marco á tan espléndido cuadro, el Oceano inmenso como un cinturon azul bordado de plata.

Por la izquierda, certa el paisaje alta cadena de cerros cuyas cimas envolvían blancas nubes con vaporosos turbantes y en los vallecitos que se abren á sus faldas, se vein blanquear las carpas donde se alojan los lomereros durante la época de pastos. Á una de ellas se dirigió la comitiva.

El dueño del *hato* los recibió con agrado y les ofreció t'ernos quesillos, leche cuajada con miel y fresca mantequilla. El paje Tomás sacó de las alforjas ricos bizcochos de Chancay, una pierna de cordero y una botella de esquisito aguardiente, y todos sentados al rededor de una gran piedra que servía de mesa, hicieron el mas delicioso y patriarcal desayuno.

Nuestros jóvenes sentían ágil el cuerpo y expansiva el alma. Nunca penetró en sus conciencias con mas atractivo la nocion severa de virtud; jamas sintieron sus corazones mejor dispuestos para las acciones generosas.

¡Ah! como es cierto que el hombre se conmueve y mejora contemplando la solemne magestad de la naturaleza siempre bella y siempre nueva! ¡Cuán miserables se presentan ante sus

ojos las humanas pasiones y sus raquíticos engendros! Qué pequeño le parece cuanto el hombre ha hecho en presencia de lo que Dios hizo!.....

Concluido el frugal almuerzo, y despues de manifestar su agradecimiento al hospitalario lomero, partieron á largo paso, y al cabo de una hora coronaban las alturas de las históricas ruinas de Pachacamac, abarcando sus miradas el valle de Lurin.

Al frente se destacaba la iglesia del pueblo con su blanca fachada y graciosas torrecillas. Las oficinas de la hacienda de San Pedro despedían ondulosos penachos de humo que desataba la brisa, y la vista se recreaba recorriendo desde el verde claro hasta el amarillo dorado de sus cañaverales.

Hácia el fondo del valle, los montuosos terrenos de Buena-vista daban oscuro fondo al paisaje; y el pueblo de Pachacamac se escondía entre el ramaje de los huertos que lo rodean, miéntras al lado opuesto y al pié de las ruinas, se veían como las casillas de un tablero de ajedrez las chacaritas bien cultivadas, cuyas tierras producen la refrijerante sandía y el dulcísimo melon, tan estimados en la capital. Las chozas donde habitan los yanacunas que las trabajan, se extendían á la orilla de un lago circular, cobijadas bajo un grupo de palmeras que les brinda fresca brisa y sombra grata.

El mar siempre majestuoso limitaba el horizonte, viéndose brillar, sobre la verde sabana que se extiende á sus orillas, las lagunas de que halla se cubierta.

Antes de descender al valle visitaron las famosas ruinas.

Míranse aun en pié, despues de cuatrocientos años, altos y enhiestos murallones que delinean vastos recintos, cuadrados salones, largas hileras de celdas y estrechas galerías. Nuestros visitantes se perdían en ese laberinto, y Víctor, muy dados á estudios históricos y literarios, iba comunicando sus recuerdos é impresiones á su amigo, estudiante de medicina y apasionado por las ciencias naturales.

—He aquí, le dijo, con grave acento y desde la altura de un elevado torreón, un monumento de gloria para los peruanos y que nadie visita ni estudia. El tiempo terminará pron-

to la obra comenzada por los avaros conquistadores, y nada quedará de este grandioso edificio consagrado por las oraciones de las vírgenes y regado con las lágrimas de la madre inconsolable y del huérfano desvalido. En breve tiempo no se verán ya ni estos soberbios vestigios del suntuoso templo donde resonaron los sagrados cánticos, y donde se escucharon las plegarias de un pueblo creyente y civilizado, que llegaba á sus puertas desde remotas regiones en piadosa peregrinacion y cargado de ofrendas, para adorar al Dios Creador, al Dios Espíritu, al Dios vida del Universo, PACHACAMAC; miéntas el Egipto orgulloso con su ciencia adoraba á sus cebollas y sus Isis; el Griego filósofo y artista hacia la apoteósis de la materia y divinizaba las humanas pasiones, y el Romano legislador y guerrero deificaba el robo, la lujuria, y doblaba la rodilla ante la personificacion de los vicios mas degradantes.

—Y que silencio, continuó su compañero, donde tanto ruido hubo; que soledad donde se vió tal muchedumbre, que miseria donde brilló tanta riqueza!

—Espejo fiel de la fragilidad del humano poder y de la vanidad de las humanas creencias, dijo sentenciosamente su interlocutor. Esto mismo repetirán en los futuros tiempos los que, como nosotros hoy, visiten á su vez las ruinas de Nuestra Señora de Paris ó del Vaticano.

Eugenio examinaba algunas plantas místicas y espinosas que crecian en apretados grupos sobre las eminencias.

—Ve, dijo á su amigo, como solo la Naturaleza derrama la vida hasta en el seno de la muerte, viniendo como una amiga fiel á colocar su fúnebre corona sobre la tumba de tanta grandeza.

La voz de Tomás arrancó á los jóvenes de las profundas y poéticas reflexiones á que se entregaban.

—Las once, niño Víctor, dijo el negro mirando al cielo. Este consultó su reló y le replicó sonriendo:

—Te equivocas en cinco minutos.

No podriamos asegurar quien se equivocaba. El paje, antiguo caporal en la hacienda del padre de Víctor, pertenecia al nú-

mero de esos hombres del campo, que llevan consigo un cronómetro en su instinto especial para conocer la hora, y que podríamos llamar *sentido del tiempo*.

Una hora despues la denotacion de repetidos tiros despertaba los ecos del valle. Los cazadores, seguidos de Rayo y Fiel, habian comenzado la batalla contra las alados habitantes de las lagunas.

Cinco horas habian corrido desde que el sol brilló en el zenit, y con rápido paso se inclinaba hácia el lecho de nácar y coral que en sus azules ondas le ofrece el océano.

Los cazadores, cargados con el rico botin conquistado con su esfuerzo y destreza, habian seguido las orillas del mar hácia el sur, llegando á la tranquila ensenada del Jaguay.

El terreno que se levanta insensiblemente, alcanza en este punto una altura de doce á quince metros, formando un barranco en herradura que abriga la ensenada. Allí han establecido su puerto los pescadores de Lurin, contándose en la playa diez ó doce ranchos de cañas y totora, y un número poco mas ó menos igual de canoas varadas en la orilla.

Frente á la serena bahia, y á corta distancia de la costa se destacan dos grandes islotes llamados el “Pan de azúcar” y el “Muerto,” por la semejanza que ofrecen con estos objetos. Inmediatamente á la izquierda de este último, y como un gran trozo del mismo, separado por alguna de las violentas convulsiones que han sacudido nuestro planeta, se levanta una roca negra y de siniestro aspecto rodeada de multitud de picachos de afiladas puntas, lo que ha hecho que se le de el nombre de roca de “La Viuda.”

—Sabes, dijo Víctor, contemplando la mansa ensenada, que si hubiera en esas chozas un par de pescadores, gustaria voltejar un rato por allí.

—Y aun hacer un viaje de exploracion á esos islotes, repuso Eujenio con entusiasmo, y mirando como se estrellaban las olas contra los peñascos de “La Viuda.”

—Pues vamos replicó el primero.

Iban á bajar el barranco, cuando el ladrido de los perros llamó su atencion. Dirijieron la vista hácia el lado por el cual corrian estos, y vieron á unos cincuenta pasos de distancia un bulto que parecia un hombre.

—Creo que es un pescador, dijo Eujenio, vamos á proponerle nuestro proyecto.

Y se encaminaron hacia él.

En efecto: sobre un promontorio que ofrecia una meseta saliente sobre el barranco cortado á pico, encontraron á un anciano sentado sobre una piedra.

Era indijena. Un sombrero de paja cubria su cabeza, y por debajo de sus anchas alas asomaban largos mechones de cabellos blancos que caian sobre sus hombros. Un poncho de lana gris, un ancho calzon de tela burda y sandalias de cuero completaban su traje.

Su semblante era grave y simpático. Con la barba apoyada sobre la palma de la mano y el codo en la rodilla, contemplaba con insistencia y en actitud melancólica la roca

“La Viuda.”

No volvió siquiera la cabeza al ruido que hacian Rayo y el, ni dió respuesta á la pregunta que Víctor le dirigió.

Dándole entónces éste una lijera palmada en el hombro le dijo:

—Buenas tardes, *taita*.

El saludado, pareciendo salir de un profundo letargo, levantó la cabeza, y mirando bondadosamente á los jóvenes:

—Buenas las dé Dios á ustedes, señores, contestó.

—¿No habrá un pescador que quisiera salir con nosotros á dar un paseo por estas aguas?

—Difícil me parece conseguirlo; porque hoy es dia de fiesta, y los pocos que aun viven en el Jaguay están en el pueblo.

—¿Y usted no es pescador? preguntó Eugenio. Si tiene una canoa, puede dirijirnos solamente, que nosotros remaremos y le daremos una buena gratificacion.

—Vaya, anímese buen *taita*, insistió su amigo.

—Estas playas han visto blanquear mis cabellos, dijo el viejo, y estos brazos, añadió, sacando debajo del poncho uno

aun robusto y señalando el mar, han tirado la red durante largos años sobre estas aguas; pero hoy, mi señores, ni tengo canoa ni hijo que empuñe el remo. Solo en el mundo, acabo mis días en estos lugares testigos de mi felicidad y mis desgracias.

Los jóvenes se miraron con sorpresa.

El lenguaje y las maneras del apesadumbrado anciano les interesaba y sorprendía.

—Vamos, parece que le hemos entristecido con nuestras preguntas, observó Víctor; dispense usted si hemos despertado tal vez recuerdos dolorosos con ellas.

—Nada de eso, justamente hoy viénes, como todos los del año, he venido á este sitio á refrescar esas memorias tan tristes como queridas para mi corazón.

Al escuchar estas palabras brilló en los ojos de Víctor una curiosidad irresistible.

Aficionadísimo, como hemos dicho ya, á estudios literarios y de costumbres, andaba siempre á caza de añejas historias y empolvadas tradiciones; así que en presencia del misterioso personaje que tan inesperadamente había encontrado, experimentaba lo que el avaro que cree haber descubierto un tesoro, y trabaja por remover la losa que lo oculta á sus miradas.

Destapó, pues, un frasco en forma de cuerno que pendía de su cintura y le ofreció un trago de aguardiente diciéndole:

—Si la simpatía y la buena voluntad pueden aliviar algo sus penas, cuente usted con las nuestras.

—Gracias, señores, contestó el interesante anciano, aceptando agradecido.

—Y yo, agregó Eugenio abriendo su morral, le regalo este par de gallinetas para su cena, y le aseguro que no será esta la última vez que nos verá por estos lugares. Quizas cuando seamos viejos amigos, no tendrá inconveniente para comunicarnos sus pesares.

—Generosos y sensibles son ustedes, buenos señores, exclamó el indio vencido por los halagos, y ya que parecen interesarse tanto por la historia de este pobre viejo, no quiero dejar de satisfacer tan inocente curiosidad.

—Que nos parece hasta cierto punto justificada, interrumpieron los jóvenes, pues su persona y lenguaje nos ha extrañado.

—Lo comprendo, contestó: pero cuando sepan ustedes las causas que me obligaron, aún joven, á abandonar el ejercicio de pescador se explicarán porque pienso y habló con menos torpeza que mis compañeros, gracias al hombre sábio caritativo que me enseñó lo poco que sé, y cuya memoria bendeciré miétras viva.

El viejo se recojió durante algunos instantes, fijó sus miradas con religiosa atencion en una crucecita de oro que pendia de su cuello, y murmuró como terminando un pensamiento:

—Ademas, pocos dias me restan ya de vida. El pueblo casi ha olvidado lo que voy á contar, y bueno es que las generaciones venideras sepan la verdad toda entera, aprovechando de la enseñanza que pueden dejarles las generaciones que fueron. Y volviéndose á los cazadores les dijo:

—Sienténse, pues, señores, y escuchen:

Estos se colocaron al lado del anciano. Rayo y Fiel, pareciendo comprender la solemnidad del acto, se sentaron sobre sus patas traseras frente á sus amos y permanecieron inmóviles.

El sol, próximo á hundirse en el horizonte, acababa de ocultar su roja faz tras la cima del “Pan de Azúcar,” proyectando su sombra gigantezca sobre la playa y la campiña, y miétras la luna, asomando su plateado disco por oriente, reemplazaba con sus pálidos fulgores la moribunda luz del astro del dia, el viejo pescador á quien todos llamaban en el pueblo *taita* Miguel, contó la historia que vamas á referir.

PRIMERA PARTE.

LOS AMANTES DE LURIN.

I.

UN PASEO FUNESTO.

El último viérnes del mes de Abril del año 1782, á la caída de la tarde, cuatro pescadores conducian desde la Playa del Jaguay á Lurin, sobre una camilla de palos de sauce y carrizos, un cadáver cubierto con una sábana. Doce ó quince personas seguian el convoy, notándose entre ellas un jóven que tenia húmedos y desgarrados los vestidos y heridos el rostro y las manos.

La fúnebre comitiva llegó á la plaza del pueblo, y engrosada con multitud de curiosos, se detuvo delante de la casa parroquial.

El señor cura y su ama de gobierno, doña Felicianã, se hallaban allí esperando la terrible novedad. La señora fijó una angustiosa mirada en el hombre de los vestidos mojados, se dirijió rápidamente hácia la camilla, alzó el extremo de la sábana que cubria el rostro del cadáver, y lanzando un grito desgarrador cayó sin sentido.

Miéntas tanto, el cura se cubria la cara con ambas manos y apoyado contra uno de los macizos pilares del corredor, exclamaba:

—¡Dios mio! ¡Dios mio, que horrible desgracia!.....

Andrés, que era el mas caracterizado de los pescadores se

adelantó entónces, y miétras sus compañeros prestaban á la desvanecida señora algun auxilio, se expresó de esta manera:

—Señor cura: volvia de la pesca, y al pasar cerca de la roca de “La Viuda,” distinguí á un hombre que parado sobre la peña mas alta agitaba su pañuelo en el aire, haciéndome señas para que me acercara. El lugar es muy peligroso; pero la vida de un hombre estaba amenazada, y era mi deber socorrerlo. Felizmente soy de los pocos que conocen esos sitios cubiertos de rocas á flor de agua, donde cuando menos se piensa se estrella la embarcacion, y donde si se cae entre los remolinos que forman las olas, no dura la canoa, por fuerte que sea, mas que una cáscara de nuez entre las manos de un niño.

Goberné, pues, con maña y abordé el islote por el único punto posible, salté á tierra, y ví con sorpresa á Mauricio que, dando desaforados gritos, me mostraba el cadáver de Lorenzo tendido sobre un peñasco. Con mil esfuerzos y precauciones lo colocamos en mi canoa, y héteme aquí con el vivo y con el muerto.

Y uniendo la accion á la palabra, presentaba á Mauricio que, confuso y aterrado, habia escuchado el relato del pescador, oculto á las miradas del afijido párroco por el pilar contra el cual estaba apoyado éste.

—Y tú ¿qué cuenta das de la vida de tu desgraciado amigo? le preguntó con tono severo.

—Señor, contestó el jóven con voz temblorosa. esta mañana Lorenzo me dijo: Mauricio, háce mucho tiempo que no manejo un remo, vamos á dar un paseo en tu canoa; cojeremos en los islotes cangrejos y mariscos, que traeremos á Cecilia para tomar la chicha que va á preparar para el Domingo.

Salimos á la mar y nos dirijimos á “La Viuda.” La embarcacion volaba, cuando ya cerca del islote sentimos un choque violento; habiamos dado contra una roca, y la canoa empezó á hacer tanta agua que la veiamos hundirse por momentos. Nos echamos á nado, pero la corriente nos arras-

tró, y caímos entre los remolinos....perdí el sentido....cuando volví en mí me encontré tendido sobre una peña y vi á Lorenzo....

Un temblor convulsivo que sacudia todos sus miembros le impidió continuar.

Se sucedió una prolongada pausa, durante la cual solo se oían el llanto y exclamaciones de dolor del cura y de los circunstantes.

El párroco ordenó que depositasen el cadáver en la casa, y condujesen á Mauricio ante el gobernador para que se levantase el correspondiente sumario, y despidiendo á la multitud, se entregó á la doble tarea de consolar á su desolada ama y tomar las disposiciones concernientes al inanimado cuerpo de Lorenzo.

Este se hallaba desnudo, pues apenas tenia algunos jirones de tela, restos de los vestidos desgarrados, al mismo tiempo que las carnes que cubrian, por los afilados peñascos entre los cuales habia sido el infortunado jóven juguete de los remolinos.

Dos dias despues tuvo lugar el entierro de Lorenzo, y ocho mas tarde terminó el sumario levantado á su compañero de paseo, que salió por supuesto enteramente absuelto.

No se crea por esto que mas de una mala lengua dejase de aventurar disimuladamente una que otra palabra poco favorable al absuelto reo, y que las opiniones no anduviesen muy uniformes en el pueblo para confirmar la resolucion del representante de la justicia humana. La maledicencia ha sido herencia de todos los tiempos.....

Ahora, renunciando á describir el justo duelo que hizo el pueblo entero por tan lamentable acontecimiento, y el profundo dolor de las personas ligadas con el tan querido jóven por lazos muy estrechos, debemos dar á conocer los hechos que habian procedido á la triste escena con que hemos dado principio á nuestro relato.

II.

LA PARTIDA.

En la época á que nos referimos, era el cura de Lurin un virtuoso sacerdote tan modesto como instruido, que apénas contaba poco mas de cuarenta años, y hacia cerca de diez y ocho que desempeñaba las funciones de párroco en ese pueblo. Hombre verdaderamente evangélico, siempre tenia en sus labios un consejo para el extraviado y un consuelo para el afijido. En sus manos hallaba siempre el necesitado un pan y un libro el ignorante. Nunca faltaba en su bolsa una moneda para el indigente, y su corazon atesoraba ardiente caridad para todos.

La señora doña Feliciano, su ama de leche cuando niño, lo era de gobierno cuando cura. Basta mencionar esta circunstancia para justificar que el corazon de la buena señora no diese entrada mas que el amor de dos seres: Dios en el cielo y su hijo en la tierra. Pero nos equívocamos: otro afecto bastante arraigado le ocupaba tambien, era el que profesaba á Lorenzo á quien habia recojido de tres años de edad sobre el lecho de su madre viuda y moribunda.

El huérfano creció en la casa parroquial bajo la sombra benéfica de la que el llamaba simplemente mama Feliciano.

El cura fué cobrando igualmente cariño al muchacho, que le servia de ayudante en las ceremonias religiosas. Su carácter dulce y la buenas disposiciones que manifestó en el aprendizaje de las primeras letras, halagaron á su protector, el cual le dió algunas lecciones de latin, aritmética y geografía, que aprovechó admirablemente.

Lorenzo cumplió los diez y ocho años al lado de el ama, cuyo cariño pagaba con la ternura de un hijo, y de su excelente maestro, á quien protestaba un amor profundo y respetuoso.

Al par que su inteligencia su cuerpo se habia desarrollado, representando mayor edad que la que tenia y ostentando formas robustas y varoniles, y obedeciendo á la armonica ley de

su precoz desarrollo, su corazón se había despertado muy temprano á los sentimientos de un amor puro.

Cecilia, la hermosa y modesta hija de un pescador, lo había esclavizado con el dulce yugo de una pasión secreta y tiernamente correspondida.

Cecilia acababa de entrar en esa edad en que la mujer, dejando atrás los umbrales de la niñez, siente en su organización ese cambio físico y moral, que le revela vagamente; y en deliciosos ensueños su destino sobre la tierra.

Había nacido en la quinta de la señora doña Carmen del Villar, rica y virtuosa viuda que durante muchos años había residido en Lurin buscando alivio á sus dolencias, y que era su madrina.

La madre de la niña, había servido mucho tiempo en la casa, y cuando doña Carmen dejó el pueblo y regresó á la capital, quiso llevarse consigo á su ahijada, á quien profesaba cariño y había educado cuidadosamente; pero la madre no quiso abandonar á la hija, y un año hacía apenas que vivían solas, cuando esta pasó por el dolor de perderla, quedando entonces al lado de su anciano padre, á quien atendía y cuidaba con esmero.

Lorenzo, que era tres años solamente mayor que ella, la había tratado desde niño. Encontrándose en análogas circunstancias, creadas por la generosa protección de que habían disfrutado, con una educación superior á la que por su nacimiento podían esperar, y en la edad en que el corazón ama naturalmente é indispensablemente, como canta el ave y el árbol da su fruto; abrieron sus almas á las castas delicias de un amor dulce y tierno, como abren su cáliz las flores al beso de la mañana.

Lo ocultaban sin embargo á las profanas miradas cuidadosamente, esperando que la edad y alguna ocupación permitiesen al enamorado joven pedir á su protector que uniese sus almas con eterno vínculo.

Un día éste lo llamó y á solas con él le dijo:

—Lorenzo, ya eres un hombre, y es preciso pensar en tu porvenir. Tienes buenas disposiciones para el estudio y sería lás-

tima que quedasen estériles por falta de cultivo. Te quiero como á un hijo, y me consideraria responsable ante Dios si no pusiese de mi parte los medios para que completes tu educacion. He determinado, pues, que ingreses al seminario de Santo Toribio con este objeto.

El jóven se quedó mudo, no hallando en su turbacion que contestar á las palabras del que, procurando su bien, le imponia el sacrificio mas doloroso para su enamorado corazon. Repuesto sin embargo un tanto, se atrevió á balbucear.

—Señor: nunca podré pagar lo que debo á usted, y lo que acabo de escuchar aumenta, si es posible, mi gratitud. Pero soy hijo de un pescador y mis aspiraciones son humildes como mi cuna. Cuanto amo en el mundo está aquí, y aquí quisiera vivir y morir. Con lo que me ha enseñado usted, con lo que aprenderé á su lado, y sobre todo con su ejemplo, creo tener lo suficiente para ser feliz. Corone pues tantos beneficios con el mas grande para mí; no me separe de estos lugares.

—No, hijo mio, le replicó el cura algo sorprendido, nada sabes y te dejas llevar de los sentimientos de tu excelente corazon. El tiempo vuela y pronto volverás, quien sabe si á sucederme en mi augusto ministerio. Entónces comprenderás lo bien que hoy hago no accediendo á tus deseos. Me has dicho que mucho me debes, pues pagámelo obedeciéndome.

—Pero, señor, espere usted al menos.....

—No, le interrumpió el cura, con un acento de severidad y firmeza que escuchaba por primera vez. Nada espero, pues demasiado tiempo se ha perdido. Mi resolucion es inquebrantable. Pasado mañana partirás.

Nada habia que replicar á estas últimas palabras. La gratitud y respeto sellaron los labios del pobre huérfano, por cuya suerte se interesaban mas de lo que él hubiera deseado.

Se retiró, pues, silencioso y pensativo; la tristeza se apoderó de su alma sensible, y ese dia derramó esa primera lágrima, que es la primera gota de lluvia de la tempestad de las pasiones que estalla en el corazon humano.

El dia siguiente voló con rapidez para todos; el cura y la se-

ñora Feliciana ocupados en disponer los preparativos para el viaje; para Lorenzo, que contaba las horas que le restaban de felicidad, como cuenta el condenado á muerte las que le quedan de vida.

Al anochecer, Cecilia estaba sentada bajo el cerezo que crecía delante de su rancho, el cual se hallaba en un extremo del pueblo y en un sitio solitario. Recostada con indolencia en el tronco del árbol, con las manos caídas sobre la falda, fijaba su mirada bañada en melancolía en los últimos y descoloridos celajes que se divisaban en el horizonte, y que veía desvanecerse como sus sueños de ventura.

Su padre no había aun regresado de la pesca y esperaba á su amante. Este no tardó en llegar, y estrechando con ternura la mano de la jóven se sentó á su lado.

Pocos momentos despues hablaban de esta manera:

—Tú sabes cuanto debo al señor cura y no he querido desobedecerle, resígnate pues, querida Cecilia, al sacrificio que nos impone la gratitud.

—¡Ah, Lorenzo, imposible, contestaba la amante. niña llorando sin consuelo. Mi corazon me anuncia tan tristes cosas que no puedo resignarme.

—Pero, hija mia, ya te he dicho que mi ausencia será corta. Además, yo vendré algunas veces, y otras que tú logres que te lleven á Lima donde tu madrina, nos darán ocasion para vernos.

—¡Ah, no creas que sea tan fácil, yo sospecho que han descubierto nuestro amor, y que él es la causa principal que te aleja de aquí.

—No lo creo, Cecilia. El señor cura nada sabe y solo trata de que aprenda algo mas de lo que sé, como ya te he dicho. Yo me aplicaré y será cosa de pocos meses.

—No, no, Lorenzo, tú te engañas ó tratas de engañarme para darme algun consuelo. ¿Qué, no sabes aun bastante, cuando le he oido decir á la señora Feliciana que tú solo sabes mas que el gobernador y el alcalde juntos? Y si algo te falta que aprender, ¿no puede acaso enseñártelo el señor cura? ¿Qué,

¿Acaso se necesita ser tan sabio para ser feliz? No saben ni leer siquiera la mayor parte de nuestros pescadores, ¿y esto les impide ser dichosos en el seno de sus familias? ¡Ah, necesitan tan poco para ser felices los que se aman! Una choza, una canoa, y ahí está Dios que multiplica los peces en el mar para el hombre honrado, que tira la red pensando en la mujer compañera de su vida y en sus hijos que correrán á la playa para recibirlo balbuceando su nombre y abrazando sus rodillas.

Ah! calla Cecilia, exclamó Lorenzo, cuya fortaleza vencía á la enamorada niña con sus ardientes frases. Calla, por Dios, repitió, besando la mano de la sencilla jóven que teniendo apenas la lijera instruccion que el celoso párroco daba á las niñas del pueblo, poseía en ese momento la elocuencia que brota en los labios cuando son movidos por la corriente eléctrica del sentimiento que se desborda del corazon.

—Me desgarras el alma, continuó, con ese lenguaje que ojalá expresara una realidad para nosotros, y no un sueño delicioso pero lejano todavia. Cálmate, pues, y escúchame:

—Mañana parto á la madrugada. Hoy he hablado con Mauricio, mi único amigo á quien quiero como á un hermano. Le he abierto mi corazon y le he encargado que vele por tí durante mi ausencia. Por conducto de él te comunicarás conmigo. Ten confianza en él y nada temas. Ahora sepáramonos, que pronto va á llegar tu padre; al rayar el alba abre la ventanilla de tu cuarto para despedirme de tí.

—Vaya, valor y hasta mañana.

Ambos se levantaron y mientras Lorenzo se inclinaba para besar las trenzas de ébano de su amada, ésta sacó de su pecho una crucecita de oro que pendia de un cordon encarnado, y la pasó al cuello del jóven, diciendo:

—Lorenzo, toma esta prenda que es para mí sagrada llévala siempre contigo y acuérdate de mi cada vez que la veas; piensa que si me olvidas, nada me quedará ya que amar en el mundo, é iré á reunirme con mi madre que al morir la colgó á mi cuello.

El jóven besó la cruz y repitiendo:

—Hasta mañana, se retiró precipitadamente.

El sueño huyó de los párpados de los infortunados amantes. En lugar de plegarlos su mano benéfica, los enrojeció el llanto. Ese llanto del primer amor, cuyas lágrimas de fuego caen sobre el corazón como gotas de lava hirviente, dejando en él cicatrices que solo cierran en la tumba.

Antes que el sol se levantó Lorenzo. Todo estaba aun silencioso; pero pocos momentos mas tarde sintió el ruido que hacían los caballos que ensillaban. Estaba, pues, listo para la marcha, y en breves instantes debían partir.

Corrió entonces á la ventanilla donde lo esperaba Cecilia inconsolable. Pasó sus brazos por los claros que dejaban los rústicos balaustres, y estrechando entre sus manos la hermosa cabeza de la aflijida jóven, la contempló largamente con la mirada codiciosa y avara con que contempla el desterrado, acaso por la última vez, desde el navio que le aleja de la orilla, el penacho de humo de su casa, la cruz del campario de su pueblo, la cumbre de la montaña de su patria.....

Después la atrajo suavemente hácia su pecho, y mojando repetidas veces sus labios en las lágrimas que corrían por sus mejillas, exhaló un suspiro y se alejó sin pronunciar una palabra.....

III

UN AMIGO SOSPECHOSO.

Pronto iban á cumplirse cinco meses desde el día en que se despidieron nuestros conocidos amantes. Mauricio había cumplido fielmente el encargo de su amigo. Pasaba largas horas al lado de Cecilia, y dos ó tres veces había ido á Lima á instancias de ésta, trayéndole noticias de Lorenzo.

Como se vé, se realizaban los temores de la enamorada jóven, y era mas difícil de lo que había creído el hoy seminarista verse con frecuencia. El cura hombre experimentado, comprendía, aunque ignorando los amores de su pupilo, que no le convenían los aires de Lurin, y no le había permitido volver ni

una sola vez, apésar de sus repetidas súplicas; Cecilia, por su parte, tampoco habia logrado que la llevase su padre donde su madrina, y por consiguiente, durante el tiempo transcurrido no habian vuelto á verse.

Pero tres dias ántes de la fiesta de Santa Rosa la niña decia alborozada al amigo de Lorenzo.

—Buenas noticias, Mauricio, buenas noticias!

—Y ¿de quién y por qué? preguntaba éste poco satisfecho con la alegría de su recomendada.

—¿De quién? de mí y ¿por qué? Porque he alcanzado que mi *taita* me lleve á Lima, y me dejará donde mi madrina una semana y veré á mi Lorenzo. Ah! sí, lo veré. Oh! qué gusto, qué felicidad! Y juntaba sus manos y movia su cabeza rebosando contento.

—Y ¿cómo lograrás verlo, si está encerrado en el colegio? objetó su interlocutor desconcertado.

—¿Cómo? en la Catedral. Yo iré con mi madrina á la fiesta, y he oído decir á la señora Feliciana que los colegiales asisten.

—Bueno, lo verás, repuso Mauricio cada vez mas contrariado, y no podrás ni hablarle siquiera, y tal vez ni te verá entre el inmenso gentio, y te volverás mas triste y desesperada de lo que te vas.

—No, no será así, y aunqué eso sucediera, que no lo creo, tendré siquiera el consuelo de haberlo visto, despues de cinco meses ¡ay! que no lo veo ni escucho su voz, replicó la jóven con los ojos anegados en llanto.

—Y luego, continuó su amigo, yo no sé como se atreve á llevarte tu *taita*, cuando el camino está lleno de ladrones; ayer no mas han asesinado á dos pasajeros, y todos los dias no se oye contar otra cosa que los robos que hacen á todo el que pasa. Es una locura, yo voy á hablarle ó al menos te acompañaré.

Cecilia se quedó suspensa un momento, en vista del empeño que ponía Mauricio para estorbar su viaje, y concluyó diciéndole con seriedad.

—Cuidado que te atrevas á decir una palabra á mi taita, y no solamente te prohibo que hables, sino tambien que me acompañes. Estoy resuelta, y nada en el mundo me impedirá ir á Lima. Mañana salgo.

Y dejándolo solo, se entró á su rancho.

IV.

LA FIESTA DE SANTA ROSA

Era el 30 de Agosto de 1781. Las innumerables campanas de las sesenta y tantas iglesias de Lima ensordecian el aire con sus repiques, y la muchedumbre acudia en tropel á la Metropolitana.

Las once sonaron. El Virey, la Real Audiencia, las comunidades religiosas, los colegios y demas corporaciones empezaron á desfilar en el mayor orden, desde el feísimo palacio á la magnífica Catedral, y fueron ocupando en su espaciosa nave central los lugares que les correspondian.

Infinito número de luces brillaban en el suntuosa templo, reflejándose como en pulidos espejos sobre las macizas planchas de plata que cubrian las columnas del altar, y quebrándose y multiplicándose en las labradas cornizas y dorados chapiteles que ostenta su hermosa arquitectura. Ricos cortinajes de terciopelo encarnado galoneados de oro vestian los altos muros, y las cintas y los festones de flores pendientes de la techumbre se entrelazaban, formando graciosos dibujos.

A la izquierda del altar se veia, colocada sobre una anda y adornada con inmensa riqueza y exquisito gusto, la imágen de la santa patrona de Lima coronada de rosas.

La música resonó llenando de armonía los ámbitos del templo, y comenzó la fiesta.

La concurrencia era numerosísima; pero en la nave alta del centro se veia la parte mas noble y hermosa de ella, representada por las señoras lujosamente ataviadas con la elegante basquiña y adornadas con valiosas joyas. Los chispeantes ojos de

las andaluzas de América dirijian sus dardos sobre los apuestos caballeros que, deslumbrantes de bordados y predería, formaban el acompañamiento del Virey, prestando poca atención á las ceremonias religiosas, que seguian devotamente unas pocas viejas; las que, á su vez, se distraian ya para dar un pellizco á una niña que sorprendian infraganti, ora para echar con la vecina una mano de murmuracion.

Una mujer habia sin embargo, cuya mirada no se apartaba de un solo punto. Nada veia ni nada oia, absorta en la religiosa contemplacion, no de la santa, sino de un colegial de Santo Toribio.

Esta, con la cabeza inclinada, parecia entregado á una profunda meditacion, que embargaba su espíritu y no le permitia fijar atención en los objetos que le rodeaban. Su pálido rostro, sus mejillas hundidas y el cárdeno círculo que se veia al rededor de sus ojos atestiguaban sus sufrimientos.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que Cecilia y Lorenzo son los personajes que hemos bosquejado.

La amante niña asistia á la fiesta acompañada de su madrina, y, admirable contradiccion de las humanas pasiones contemplaba con secreta alegría el rostro desencajado del seminarista, por cuya salud habria dado la vida.

—Ah! se decia: Lorenzo no me ha olvidado; él sufre por mí, y los dolores de su alma gravados en su semblante son la garantía de mi amor.

Pero la impaciencia la exasperaba; cuánto habria dado porque la dirijiese si quiera un mirada. Su enamorado corazón golpeaba su pecho con violencia, atraido por un fluido misterioso que se desprendia del sér querido á quien pertenecia. Sentia ya vértigos, ora impulsos de locura, que casi la decidian por momentos á lanzarse, atropellando á todo el mundo, hasta caer en sus brazos.

Dos horas trascurrieron: dos siglos de lucha y angustia. La fiesta terminaba, por fin, y salia la procesion.

Cecilia se hallaba cerca de la escala por donde debian bajar las corporaciones siguiendo al anda. Un esfuerzo y conseguia

hacerse ver de Lorenzo. Estaba resuelta ahora y no titubeó.

Se deslizó entre la muchedumbre que se ponía en movimiento, y arrastrando consigo, y apesar suyo, á su madrina que trataba de detenerla por el manto, llegó hasta el lado del colegial, cuya mano estrechó fuertemente.

Este volvió la cara, y lanzando un grito ahogado de sorpresa, se quedó clavado en el sitio. Sus mejillas se colorearon, como las hojas teñidas por la rojiza lumbre del sol despues de la tempestad. En sus ojos brilló una mirada llena de amor y de esperanza, como el rayo de luz del faro salvador para el navegante perdido en la inmensidad del océano.

Todo esto pasó en ménos tiempo del empleado en describirlo. La pujante multitud los envolvió y separó nuevamente, como las hojas que arrebató el torrente; cuando volvieron en sí, en vano se buscaron; estaban ya distantes.

Pero Cecilia no se desanimó: abriéndose paso con un vigor superior á sus fuerzas, luchó y reluchó hasta ganar la puerta principal, y allí esperó á que desfilara el cortejo.

Llegó bien pronto, y con él Lorenzo, que habiendo tenido tiempo para reponerse de su sorpresa, cambió desimulada y rápidamente el siguiente diálogo con su querida.

—¿Dónde estás alojada?

—En casa de mi madrina, calle de Hoyos, tercera puerta á la derecha, en el altillo.

—Esta noche.....á las doce.....tres palmadas.....arroja una cuerda.....

—Lo haré.

—Adios!

La multitud volvió á separarlos, logrando Cecilia, despues de largo tiempo y grandes penas, reunirse á la buena señora de su madrina, que andaba desatentada por iglesia buscándola.

V.

NO HAY CERROJOS PARA EL AMOR

Las doce de la noche acababan de dar en el reloj de San Pedro. La ciudad dormía envuelta en la oscuridad y el silen-

cio, pues apenas se veía uno que otro farol agonizante que daba mas sombras que luz.

Dos bocas habian, sin embargo, contado una á una con labios temblorosos las doce campanas, cuyo éco sonoro resonó en sus oídos como resuena en los del soldados el toque del clarín que dá la señal del combate. Una de esas bocas de labios frescos y sonrosados adornaba el rostro de una mujer que, recostada en la baranda de un balconcillo, tenia una cuerda arrollada en el brazo. La otra pertenecía á un jóven que en aquellos momentos escalaba los altos muros que separaban el claustro del seminario de Santo Toribio de la casa conocida *de las bulas*.

Desafiando mil peligros con prodijios de fuerza y agilidad, ya caminaba sobre el estrecho y desigual filo de un caballete ó una quinchá, ya salvaba de un salto un ancho callejón, ó ya se deslizaba desde lo alto de una elevada pared. En fin, descendió por una tapia mas baja y se encontró en un corral. Tocó una puertecilla, corrieron un cerrojo, y se halló en presencia de una mulata vieja y seca como un pergamino ennegrecido por el tiempo. Con una mirada penetrante y á favor de la luz de una vela de sebo colocada en un farolillo, reconoció al colegial, recibiendo, mientras duraba el exámen, un peso que este puso en su mano.

—Su mercé es nuevo, niño, pues no lo conozco, dijo la mulata.

—Ni te importa conocerme, Escolástica, sirveme bien que este es mi nombre.

Y con el ademan del que presenta su tarjeta, le entregó una segunda moneda.

—Bien servido será mi amito, replicó la vieja, satisfecha de la generosidad del nuevo cliente. Pero cuidado no mas niño que se le pase la hora. Vea su mercé, el otro dia volvió un colegial cuando ya habian tocado la campana, lo vieron y casi me compromete.

—No tengas cuidado, pero déjame salir pronto.

—Sí, mi amo, vamos, continuó la Cicerone, conduciendo al colegial al través de una vivienda asquerosa, yo soy una mujer

honrada, y solo por servir á mis niños no quisiera que me fueran á chismear con el señor rector.

—Bueno, bueno, dijo el jóven, á quién le fastidiaba tanta charla, por donde es la salida.

—Por aquí, dijo la oficiosa abogada de los prófugos, abriendo una puerta que daba á la calle.

—Esperame, dentro de dos horas estoy de vuelta, terminó el seminarista embozándose en su capa.

—Muy bien, mi amo, contestó la mulata, cerrando la puerta tras él.

Diez minutos despues una sombra se deslizaba por la acera derecha de la calle de Hoyos. Resonaron tres palmadas.....Soltaron el extremo de una cuerda que estaba por el otro fuertemente atada.....y subió por ella hasta un balconcillo un hombre, que fué recibido en los brazos de la mujer que le esperaba.

VI.

EL REGRESO.

Seis meses apénas habian trascurrido desde la noche del 30 de Agosto.

El cura se mantenía firme en su propósito de hacer de su pupilo un hombre de provecho, y sobre todo, un buen sacerdote. Los enamorados jóvenes, fieles á sus juramentos, atizaban la hoguera de su amor con los obstáculos, las contrariedades y los sufrimientos.

El virtuoso párroco veía de tiempo en tiempo á su protejido, y no estaba por cierto satisfecho con los informes que le daba el rector del seminario, su antiguo condiscípulo, pues si bien era verdad que el colegial cumplía religiosamente sus deberes, lo era también que su quebrantada salud y su profundo abatimiento manifestaban claramente la falta de voluntad para secundar las miras del buen señor.

Era una hermosa y serena tarde. En el conocido corredor de la casa parroquial se hallaban sentados el señor cura y la se-

ñora Feliciano, el primero leía una carta que acababa de recibir, mientras la segunda saboreaba un puño de Cartajena, como postre de su comida.

Terminada la lectura, dobló el párroco la carta y se quedó pensativo. El ama, acostumbrada á leer en el semblante de su hijo como en un libro, conoció que no era agradable la noticia que contenía el pliego. La femenil curiosidad y el maternal interés la obligaron, pues, á preguntar:

—¿De Lima es la carta que acabas de leer?

—Sí, de Lima, adonde tendré que ir mañana y de dónde no volveré solo.

—¿Y quién es el acompañante? preguntó el ama.

—El que ménos piensas sin duda.

—Entónces no es ninguno de tus amigos.

—Parece que no quiere serlo, contestó el cura con acento apesadumbrado:

—Vaya, acaba, hijo, que me pícas la curiosidad.

—Pues bien: esta carta es del rector, quien me llama con urjencia para resolver la separacion de Lorenzo, que no puede permanecer en el colegio por el mal estado de su salud, agravado últimamente.

—Ay! pobre mi hijo, y qué está malo, por Dios, dímelo, no me engañes.

—No, no hay porqué alarmarse; pero los médicos han manifestado que es muy peligroso que se le tenga por mas tiempo en el Seminario, pues la extrema debilidad en que se halla podría determinar la tisis, si no cambia en el dia de temperamento.

—¡Ay señor! que trabajo, observó la señora. De manera que ya no podrá recibir las órdenes menores en la próxima pascua, como habíamos pensado.

—Ni en la próxima ni en la remota, agregó el cura, pues es evidente que el muchacho no quiere que se realicen nuestros proyectos, y tengo la presuncion, tal vez infundada pero muy arraigada, de que su enfermedad es mas moral que física.

—¿Qué quieres decir con eso? le interrumpió el ama sobresaltada.

—Que Lorenzo tiene alguna pasion oculta, respondió el sacerdote con acento de conviccion.

—Ah! No, no, imposible, objetó doña Feliciana, protestando. Qué pasion puede caber en el corazon de ese niño. No lo veíamos aquí que no pensaba mas que en sus altaritos.

—Es que ha pasado la edad de los altaritos, y se despierta temprano su corazon al calor de otros sentimientos propios de su edad, como se despiertan los pajarillos dormidos bajo el follaje de los árboles á los primeros albores del dia.

—Pero señor, si Lorencito no tiene malicia ni conocimiento del mundo, lo que tiene que, como los pajarillos de que acabas de hablar, estaba acostumbrado á esa vida libre, y ahora la extraña en la jaula donde se le ha encerrado.

—Pues veo que será necesario abrirle la jaula, concluyó el párroco con resolucion.

Y así sucedió:

Hacia algo mas de un mes que no habia visto el buen párroco á su pupilo, y cuando se lo presentaron al dia siguiente en el Seminario, se asustó mirando el estado en que se encontraba.

No hubo, pues, mas que obedecer á la fuerza de tan apremiantes circunstancias.

El huérfano, que habia dejado las riberas donde vió la luz primera robusto y hermoso, regresó pálido y estenuado, como esas flores que, trasportadas del campo donde brotaron lozanas al banco de un jardin, se marchitan en su dorado tiesto por falta de aire y de luz.

Por fortuna su mal era curable con solo devolver á su corazon la atmósfera de amor donde aspirára los elementos de vida que le faltaban. Así es que algunos dias despues de su regreso se le vió completamente restablecido. Todos, ménos su protector, lo atribuyeron al buen temperamento del lugar. Lo que es para nosotros, ya sabemos que era únicamente el efecto de la felicidad del alma, que al reflejarse en el cuerpo se llama salud.

Raro parecerá que Cecilia no participase de la justa ale-

gría que sentia su amante desde su regreso; una profunda tristeza se habia apoderado de ella, y era presa de una constante inquietud. La causa que la producía pronto dejará de ser un misterio para nuestros lectores, pues pocos dias despues de la llegada de Lorenzo, partió para Lima, y hacia cerca de un mes que allí se encontraba, cuando llamando el cura á su protegido, encerrado en su cuarto de estudio tenia lugar entre ambos la siguiente explicacion.

—Ven acá hijo mio; eres un ingrato, le dijo con tono de reconvencion.

—Señor, respondió el acusado, casi llorando, que he hecho para merecer tan duro tratamiento.

—Ocultarme lo que un buen hijo debe confiar á su padre ántes que á nadie en el mundo.

El jóven permaneció mudo y desconcertado. Todo lo adivinaba.

—Te has dejado dominar por una loca pasion, agena de tu edad y que te ha sido funesta.

—Bien, lee ahora esta carta de la madrina de Cecilia, que acabo de recibir, agregó, sacando un pliego y desdoblándolo lentamente.

Lorenzo tomó el papel y temblando leyó—

Señor de toda mi estimacion y respeto:

“Á usted, á quien Lorenzo debe cuanto es, y que tiene sobre él todos los derechos de un padre, debo dar cuenta de los graves sucesos que han tenido lugar, para que ponga el remedio que en su prudencia y saber crea conveniente.

“Lorenzo y Cecilia se aman: la separacion y la ausencia no han impedido que, arrastrados por su loco amor, hayan buscado y encontrado oportunidad, en la cual ha olvidado el primero sus deberes y la segunda el cuidado de su honra.

“Cecilia ha sido madre hace tres dias; el niño que ha dado á luz lo he alejado de mi casa por los respetos debidos á la sociedad, y lo he dado á criar con el mayor secreto; es urgente que resuelva usted se lleve á cabo, á la ma-

por brevedad, la santa union que restituya á mi ahijada la honra perdida y de nombre á su hijo.

“Asi lo espera su verdadera amiga y segura servidora

CÁRMEN RAMIREZ V. DEL VILLAR.”

El descubierto amante, comprendiendo despues de un momento de suprema confusion, que se hallaba en uno de esos casos hartos frecuentes, en que el mismo exceso de mal trae consigo su remedio, concluyó de leer la carta casi tranquilo y seguro de su triunfo. Doblóla, pues, muy despacio, y esperó silencioso y con los ojos bajos la sentencia que, aunque fuera pronunciada entre los rayos del justo enojo paterno, no podia dejar de serle favorable.

—Necesario me es ahora saber, señor seductor, prosiguió el cura con tono irritado, ¿qué piensa usted hacer? ¿cual es su resolucion?

Lorenzo no contestó.

—Sí, conteste usted, pues ya veo burlados todos mis proyectos por un capricho de muchacho, por una locura criminal, preciso es pensar de otra manera.

—Señor, dijo Lorenzo, despues de un momento de reflexion. Esta es la primera vez que amo, y yo no sé lo que será un amor sério y profundo, para distinguirlo de un capricho de niño; pero puedo si asegurar que siento que este amor es mi vida. Mi constancia en medio de los obstáculos y la ausencia, y los efectos que en mi salud han producido, es todo lo que puedo alegar para probar que no es un deseo pasajero. La mas brillante carrera, las grandezas de una posicion social la mas codiciada, no me seducen sino las he de compartir con esa pobre muchacha, que es sin embargo la mitad mas preciosa de mi vida.

—Pues bien, concluyó el contrariado párroco, despues de un prolongado silencio, lo que me has dicho lo esperaba yo, ni hay mas que hacer—todo está perdido.—Dentro de quince dias te casarás.

Lorenzo, anegado en delicioso llanto, cayó á los piés de

su generoso protector, y enmudecido por la emocion, abrazó estrechamente sus rodillas.

VII.

PADRE É HIJO.

Al dia siguiente partia Lorenzo nuevamente para la capital, conduciendo la contestacion de su protector.

Ligero y bello le pareció el camino que tan triste y pesado le habia parecido cuando, un año antes, lo recorrió por la primera vez. Entónces hacia el camino del desterrado, y cada paso que daba era un nuevo espacio que ponía entre él y su felicidad; ahora, mil proyectos de ventura ocupaban su cabeza y hacian latir su corazon. Era feliz.

Una vez llegado á su destino, y cumplida la comision de que estaba encargado, pidió á la señora del Villar que le concediese ver á Cecilia, y fácil es concebir el justo gozo que inundaria las almas de los felices amantes.

Una hora despues la caleza de la señora subia el Cármen-Alto, continuó aun su marcha, solo se detuvo delante de la puerta de un jardin que poseia la madrina de Cecilia en el Cercado.

Doña Cármen y Lorenzo descendieron del carruaje. Este dió tres golpes con el llamador, que en la forma de un grueso punto de admiracion estaba fijo á la puerta, y un momento despues se oyó correr un cerrojo, y apareció en el postigo una mujer á quien saludó la señora con el nombre de Martina. Ésta contestó con respeto, y cerrada que fué la puerta, acompañó á los visitantes hasta una vivienda humilde y aseada donde no se veian mas muebles que cuatro sillas de paja, una mesa de roble, una cama en un ángulo y una cuna junto á ella.

—Puedes retirarte, Martina,—dijo Doña Cármen.

Aquella obedeció. Acercándose entónces á la cuna, entreabrió la blanca cortina que la cubria y sacó en sus brazos

una criatura de pocos dias, que colocó en los de Lorenzo.

Este, pálido el rostro, y húmedos los ojos y profundamente conmovido estrechó con inefable ternura al niño colmándolo de caricias, y descolgando de su cuello la crucecita que hacia un año habia recibido de Cecilia, la pasó al de su hijo.

¡Quién le dijera entónces que ese seria el único y mas precioso regalo que le haria, y la única vez que le sería dado estrecharlo contra su corazon de padre.....

Lorenzo regreso esa misma tarde á Lurin.

Quince dias despues tenian lugar sus funerales, el mismo dia y en el mismo templo donde debió celebrarse su matrimonio.

La funeraria tea y el mústio ciprés de la tumba habian reemplazado á la verde corona de mirto y la chispeante antorcha de Himeneo. Misteriosos contrastes de la humana suerte, que los paganos atribuian al Hado, que los musulmanes llaman Fatalidad, Providencia los cristianos, y casualidad los necios.

Ciertamente la infortunada Cecilia, que habia regresado de la capital ese mismo dia, no atribuyó á ninguna de tan encumbradas causas su desgracia. Ella era la única en el mundo que podia adivinarla, y que la comprendió en toda su verdadera y horrorosa deformidad. Por eso su alma noble y sensible no pudo resistir tan ruda como inesperada conmocion y como la lámpara cuya luz al soplo de récio viento se agita, crece oscila, y al fin se apaga, así, al recibir tan tremenda nueva, empalideció su rostro, sus ojos salidos de sus órbitas no brotaron una lágrima, sus labios entreabiertos no dieron paso al grito que expiró en su garganta y la luz de su razon, azotada por el furioso vendaval del dolor del espanto, se apagó en su cerebro.

Cuando volvió del prolongado desmayo en que permaneció sumida largo tiempo, ardiente fiebre la abrazaba y violentas convulsiones sacudian sus miembros.

Pocas horas despues fué trasladada á la casa parroquial.

donde la caritativa Da. Feliciano dió tregua forzosa á su aficcion, para atender á la que habia sido el ser mas querido para su difunto hijo.

Cerca de un mes de prolija asistencia, durante el cual estuvo suspendida entre la vida y la muerte, alcanzó á devolverle la vida del cuerpo. Pero el alma quedó sepultada en esa sombría tumba del espíritu que se llama locura. Cecilia estaba loca.

SEGUNDA PARTE.

LOS PESCADORES DEL JAGUAY

I.

MARTA Y MIGUEL.

Los pueblos de Lurin y Pachacamac, compuestos hoy de unos cuantos ranchos miserables y casi desiertos, no son siquiera la sombra de lo que eran hace un siglo. Su poblacion era numerosa, pues se contaba en todo el valle mas de diez mil habitantes y los restos de los antiguos edificios atestiguan su pesada importancia, que se puede leer aun escrita en las ruinas de las magníficas quintas, donde los nobles señores de la capital iban á pasar deliciosamente la calurosa estacion.

Aun queda memoria de las renombradas fiestas de San Miguel y Nuestra Señora del Rosario, que se celebran en dichos puntos con extraordinaria esplendidez, y á las que asistia inmensa concurrencia de la capital y los alrededores.

Como consecuencia de estado tan floreciente, se veia gran número de canoas, en el Jaguay, y una poblacion formada de los ranchos de los pescadores se estendia en la playa de la tranquila ensenada, hoy casi solitaria, y adonde ahora conduciremos á nuestros lectores, reanudando el hilo de nuestra narracion, un año despues de acontecidos los sucesos con que concluimos el último capítulo.

Allí vivia Andrés Huapalla, el buen pescador que recojió

el cadáver de Lorenzo, y que era el jefe del gremio, querido y respetado por sus compañeros de oficio.

Ganando el pan diario con su honrado trabajo, limpia la conciencia y el corazón tranquilo, habría sido completamente feliz, si la esterilidad de su mujer, la excelente Brigida, no le hubiese privado de sucesión hasta entonces. Silencioso y triste encontraba su hogar, cuando al regresar de la pesca hubiera deseado sentar sobre sus rodillas el fruto de su amor.

--Atraeré la bendición del cielo sobre mi casa, se dijo un día, ejerciendo la caridad con los niños; y poniendo en práctica su inspirado propósito, regresó una tarde de Lima con un niño.

Y el cielo le escuchó:

Diez y ocho meses después se veía una mañana desierta la playa. Los pescadores, en numerosa y alborotada caravana, se dirigían, caballeros sobre sus pacíficos jumentos, á la vecina loma llamada "Quebrada de la leña." Allí, mientras sus cabalgaduras sacaban el vientre de mal año paciendo la crecida yerba, se reunían al rededor de la humeante *pachamanca*, cuyo ardor apagaban con sendos mates de sabrosa chicha, entonando, al son del arpa y las flautas de carrizo, alegres canciones en celebridad del nacimiento de Marta tardío pero hermoso fruto de la hasta entonces infecunda Brigida.

Nada tuvo entonces que desear el feliz matrimonio. Miguel el huérfano, y la graciosa Marta formaban sus delicias y el hogar, antes triste y solitario, estaba alegre y bullicioso.

Mauricio residía también en el Jaguay, recientemente.

• Ningún acontecimiento que pudiera dar interés á la historia del viejo pescador ocurrió durante mucho tiempo, si exceptuamos la repentina muerte que puso fin á los días de la buena madrina de Cecilia, pocos días después de la catástrofe con que concluyó la primera parte.

El apesadumbrado cura y su buena ama seguían viviendo en compañía de la desgraciada loca.

Cecilia no tenía violentos accesos. Su locura era mansa y tranquila; una profunda tristeza había tendido el velo de la

melancolia sobre su hermoso semblante, que habia perdido la frescura de la juventud, envejeciendo veinte años en uno.

El pueblo iba olvidándose ya de los lamentables sucesos que un dia lo conmovieron, que los ajenos dolores se desvanecen en el tiempo como en el aire el sonido, y apenas algunas abuelas contaban á sus nietos, para hacerlos dormir, que todos los Viernes al toque de ánimas se aparecía un fantasma sobre la roca de “La Viuda,” que exhalaba lastimeros quejidos y cuyas negras vestiduras flotaban al soplo del viento.

El tiempo, mientras tanto, rozando con su ala lijera é infatigable las frentes infantiles de Miguel y Marta, las levantaba cada dia un punto del suelo. Habian pasado su primera edad arrojando piedrecillas á las olas, que borraban las huellas de sus piecitos estampados en la arena, ó botando al mar embarcaciones de cáscaras de sandía arboladas con carrizos y tripuladas por muñecos de totora.

Pero Miguel fué un hombre, y su mano habia soltado el juguete del niño para empuñar el remo del pescador. Su compañera de infancia dejó de correr por la arenosa playa para ocuparse en las tareas domésticas, ayudando á su madre.

Así, miéntras Andrés tejía una red y su mujer llevaba al mercado el producto de la pesca, el jóven surcaba las olas para extraer de su seno la subsistencia de la familia, y Marta atendía á la casa y preparaba el alimento.

La niña acababa de cumplir diez y seis años. Era hermosa, con esa hermosura en la cual ninguna parte puede reclamar como suya el tocador. Sus facciones, sin tener la correccion de formas ensueño del poeta y modelo del artista, ostentaban la frescura y lozanía que dan la salud del cuerpo y la inocencia del alma.

Sus ojos pardos tenían una mirada lánguida y dulce como el rayo tembloroso del lucero de la tarde; su voz era suave como el murmullo de la brisa entre las ramas; su corazón inocente como el sueño de un niño.

Miguel completaba en su cuarto lustro, mostrando formas robustas y varoniles. De carácter apacible, abrigaba un corazón generoso y un alma honrada.

Los jóvenes habían crecido no atesorando otros afectos que el filial cariño para sus padres y la ternura fraternal entre ellos. Sin embargo, hacia algun tiempo que este último sentimiento se trasformaba, casi sin dejarse percibir, obedeciendo á la elocuente voz de la Naturaleza, en otro afecto menos tranquilo y sosegado, si bien mas ardiente y enérgico.

Miguel se sentia embarazado para tratar á su hermosa compañera de infancia con la libertad acostumbrada, y cuando á solas con ella se encontraba, experimentaba algo como el cuidadoso afan del que lleva entre sus manos un objeto muy bello pero tambien muy frágil.

Para Marta no existia otro hombre digno de penetrar en el santuario de su amor que el jóven pescador. Nada decian por eso á su corazon los requiebros de Cipriano, hijo único de Mauricio, y ni siquiera comprendia sus miradas ardientes y sus palabras amorosas. Sintiendo la secreta inquietud del que ama, experimentaba algo como la impaciencia del que espera, pero con la seguridad de que no faltará á la cita.

Por eso quedóse muda de sorpresa el dia que oyó á Mauricio decir á su padre.

—Andrés, tu sabes que soy muy desgraciado; tu has visto como he perdido á mis cinco hijos, todos de muerte violenta. No me queda mas en la vida que Mauricio. No me niegues, pues, su felicidad que está en tus manos. El muchacho quiere á tu hija, dásela por mujer y moriré tranquilo.

El honrado pescador contestó lacónicamente y sin detenerse:

—Consultaré su voluntad. Yo nada puedo resolver.

Y cortando bruscamente la conversacion, se separó del pretendiente.

II.

UNA PARA DOS.

Era la noche. La tierra dormia arrullada por el susurro de las brisas y el murmullo de las aguas. Velaba su sueño la lámpara de plata que el Creador colgó del azul pabellon de su tienda, y que enciende el sol con su beso de despedida. El silencio

era turbado únicamente por el cadencioso rumor de las olas, que morían suspirando sobre la arena.

Los pescadores, rodeados de sus familias y sentados sobre anchas esteras á la puerta de sus ranchos, conversaban perezosamente sobre sus diarios y prosáicos asuntos, mientras Miguel y Marta, apartados de los grupos, se hallaban uno al lado del otro, sentados sobre una peña que las olas, besaban al espirar.

El jóven entonaba en su flauta de carrizo una sencilla y melancólica melodía, que su compañera seguía con dulcísima voz, cantando así:

Feliz, contenta y libre,
Como el pez en los mares,
Alegre yo vivía
Sin penas, sin afanes;
Reía con la aurora,
Cantaba con la tarde,
Y en la tranquila noche
Mi quieto sueño no turbaba nadie.

Mas ¡ay! caí en las redes
De un pescador amante,
Y desde entónces lloro
Con la aurora y la tarde;
Y hasta en mis sueños miro
Siempre ante mi la imájen
Del pescador tirano,
Que logró el corazon aprisionarme.

¡Ay! si él en su canoa
Al mar quiere llevarme,
Yo al blando son del remo
Le entonaré cantares;
Y á estar volveré alegre
Mañana, noche y tarde,
Que, como el pez sin agua,
Vivir no puedo sin su amor constante.

Dejó de sonar la flauta, y la voz de Marta expiró lánguidamente en una prolongada nota, triste como el rayo postrero del sol que muere, dulce como el arrullo de la amante tórtola, tierna como un adios.....

Su frente ardorosa se dobló sobre el hombro de Miguel, como se dobla la espiga al soplo del vendabal, y una lágrima rodó, como preciosa perla, desde sus ojos hasta la mano del joven que estrechaba su diestra. Un fluido misterioso circuló por las venas de ambos como hirviente lava. El brazo del pescador rodeó la flexible cintura de su amante compañera, y sus labios se juntaron con inefable delicia....

Sus almas se habian desposado ante Dios y la Naturaleza.....

Un momento despues, Marta despertó de su amoroso letargo, y desasiéndose de los brazos del que habia dejado de ser su hermano corrió hácia el rancho de sus padres.

Miguel permaneció sumido en tan delicioso ensueño; pero el golpe rudo de una mano robusta sobre su hombro lo despertó. Volvió la cara, y miró ante si á Cipriano cuya mirada de fuego lo abrasaba. El temblor de una rabia contenida sacudia sus miembros y le impedía casi hablar. Balbuceando, pues, le dijo con voz ronca:

—Uno de los dos está aquí de mas.

—No te comprendo, contestó Miguel con voz sosegada.

—Amo á Marta y debe ser mi mujer, replicó el hijo de Mauricio.

Una carcajada burlona fué esta vez toda la respuesta que recibió.

—Bien, rie ahora, mañana tal vez llorarán por tí.

—Tienes fama de valiente, dijo el correspondido amante, pero yo no te temo, ¿que quieres pues?

—Que te resuelvas á que Marta sea mi mujer, ó me la quites como hombre.

—Miguel con tono burlon bajo del cual quehia en vano ocultar su profunda indignacion, le contestó:

—Tú comprendes que será lo segundo, y te doy las gracias, porque al menos no quieres proceder de un modo mas sencillo, encargando á los remolinos de “La Viuda” la explicacion de mi muerte.....

—El chasquido de una bofetada se oyó, interrumpiéndole bruscamente.

—Miguel saltó furioso como un leon herido; su adversario lo detuvo con un brazo de hierro, diciéndole:

--Este no es el lugar, á la vista de todos no se pelea cuando uno de los dos debe morir.

El ofendido se contuvo.

—Comprendo, dijo, ¿pues dónde?

—Mañana, detras de “La Viuda”, al caer el sol.

—Bien, hasta mañana.

—Adios.

Y se dirijió cada uno por opuesto lado.

Pero cuando desaparecieron, una sombra salió de tras de una gran piedra inmediata al sitio donde habia tenido lugar esta violenta escena, y se deslizó silenciosamente hácia los ranchos.....

III.

LA CATÁSTROFE.

El dia siguiente era viérnes.

El sol no habia aun aparecido en el horizonte, cuando ya se veia á los pescadores salir de sus chozas con la red envuelta sobre un hombro y los remos sobre el otro. Detras de ellos la mujer ó la hija llevaban un mate de calabaza que contenia agua y una bolsa de lona con los viveres. Unos y otros depositaron en las canoas su carga, y pocos momentos despues no quedaba á los claros rayos del sol, que se asomaba por Oriente, mas embarcacion sobre la playa que una muy lijera, hecha de un tronco ahuecado y que llaman *pelado*. Habia sido primorosamente trabajada por Andrés para el uso especial de su hija que salia con frecuencia hasta la boca de la ensenada á recibir á su padre ó á Miguel cuando volvian de la pesca, y que manejaba con maestria.

Solo habian quedado en el Jaguay los viejos pescadores; cuyos

hijos les aliviaban de un trabajo ya excesivo para sus cansados miembros. Andrés salió despues del medio dia con direccion al pueblo, y debia regresar en la tarde con el señor cura, que venia á hacer una visita á sus feligreses.

El mar habia estado muy agitado, y se veian desde la playa las montañas de blanca espuma que levantaban las embravecidas olas chocando contra los peñascos de "La Viuda." La abrigada enseñada permanecia sin embargo tranquila.

El sol describió su trillada órbita y se hallaba cerca ya del término de su diurna carrera, cuando Marta se embarcó en su ligero esquife, y sentada en la proa se alejó de la orilla, manejando con gracia y destreza la pequeña embarcacion.

Pero no se detuvo esta vez en la boca de la serena bahia, sino que se dirigió hácia la peligrosa y conocida roca. Andrés que volvia en ese momento del pueblo con el anciano párroco, distinguió á su hija desde la altura del barranco; asustado al ver á la imprudente jóven fuera de la enseñada, y comprendiendo el inminente peligro que corria, dió repetidas voces y agitó su pañuelo haciendo señas para que volviera; pero sea que no le viese ni oyese, ó que la embarcacion, arrastrada por la corriente, no obedeciese á los esfuerzos de la débil niña, lo cierto es que siguió su rapidísimo curso en direccion de "La Viuda."

El infeliz padre bajó á la playa con la intencion de volar en socorro de la atrevida jóven; pero ¡ah! ni una sola embarcacion habia en la orilla. Dando entónces desaforados gritos de dolor se arrancó los cabellos de desesperacion, y lágrimas abundantes surcaron sus rugosas mejillas, así como se abren paso por las fragosas gargantas de las quebradas las aguas que la tempestad acumula en la cordillera.

Acudieron los habitantes del Jaguay, y pudieron contemplar y comprender el impotente dolor del padre y el inminente peligro de la hija. La aficcion fué entónces general.

Los viejos pescadores, en diversos grupos, discutian dando unos alguna esperanza, explicando otros la inevitable catástrofe que amenazaba; las mujeres y los niños poblaban el aire con sus

ayes, y todos, inmediatos á la orilla, formaban un semicírculo donde reinaba la consternacion y el espanto.

Derrepente se oyó un grito lleno de esperanza, salido de los labios de la madre de Marta, grito que se repitió por todas las bocas como el éco del trueno en las montañas: acababan de distinguir una canoa, que saliendo detras la roca de “La Viuda,” se dirigia hácia la embarcacion amenazada.

Todos los ojos fijaron entónces las húmedas miradas en dos puntos negros, que apénas se distinguian á la escasa luz del crepúsculo: el esquife de Marta, que corria con increíble radidez á estrellarse contra los peñascos, y la canoa que diestramente gobernada, se acercaba rapidamente hácia ella.

El cura, que hasta ese momento habia permanecido silencioso y con las manos y los ojos elevados al cielo, exclamó desde una alta peña con voz solemne:

—Ya es tiempo, hijos míos, de invocar á Dios en este sitio, pues solo el que enfrena la tempestad y señala linderos al océano, los puede salvar de su furor.

Todas las rodillas se doblaron como por un resorte; todas las manos se alzaron al cielo, y el apacible murmullo de la oracion se confundió en los aires con el estruendoso rumor de las olas.

Miéntas tanto, la canoa habia alcanzado á la embarcacion de Marta justamente cuando llegaba ésta á los remolinos formados entre los peñascos. En ese funesto campo se entabló terrible y larga lucha entre el esforzado pescador y el embravecido elemento.

Veinte veces se vió al generoso defensor avalanzarse sobre el borde de su canoa para tomar á la desventurada jóven que le tendia los brazos, y otras tantas un golpe de mar los apartaba, jugando con sus embarcaciones en vertiginosos remolinos, como juega el torrente con las hojas secas que arrebatá.

Al fin, una ola gigantesca volcó el esquife de Marta y esta desapareció bajo su espumante masa; pero el valiente pescador se lanzó fuera de su canoa y quedó sepultado tambien bajo las aguas, apareciendo poco despues con la jóven asida á sus
p
cc
hombros.

Una lucha tremenda y desigual se trabó entónces brazo

á brazo, entre el pescador y el furioso elemento que le disputaba con encarnizamiento su amor y su vida.

El diestro nadador hacia prodigios; pero su preciosa carga le impedía poner en práctica esos supremos recursos del arte que ella no podía resistir.

Cerca de un cuarto de hora habia ya durado el desesperado combate, cuando, arrastrados sobre el lomo encrespado de una inmensa ola, desapareció el pescador, alcanzando apénas á distinguirse sus robustos brazos que sostenian en alto el busto de la jóven, y yendo á estrellarse ambos contra la gran roca.....

La noche corrió su sombría velo sobre tan horroroso cuadro y nada mas vieron los espectadores de tan tremenda tragedia.

IV.

LA ROCA FUNESTA.

Renunciamos á describir la noche de tan aciago dia. Los habitantes del Jaguay vieron la luz del siguiente dia, que alumbró rostros espantados y pálidos, ojos enrojecidos por el llanto, bocas cansadas de pronunciar tiernas palabras de dolor, y pechos enronquecidos de lanzar exclamaciones de angustia.

Los pescadores no habian podido entrar al puerto durante toda la noche, y prudentemente se habian aguantado fuera de las rompientes hasta que calmase la borrasca. Miguel habia hecho esfuerzos toda la tarde por acercarse á la costa. Debia asistir á la cita y su honor estaba comprometido; pero no lo alcanzó. Luchando desesperado contra viento y marea, solo consiguió que se volcase su canoa, y gracias al oportuno auxilio de uno de sus compañeros, que se hallaba próximo y le recojió en su embarcacion, salvó la vida.

Regresaron, pues, al puerto cuando el sol oculto tras espeso cortinaje de nubes, parecia que se negaba á ver tan tristes escenas.

Entónces únicamente partieron tres ó cuatro canoas conduciendo al señor cura, los padres de Marta y algunos pescadores de los mas experimentados. Llevaban tambien una cruz, que por con-

sejo del buen sacerdote debia plantarse en la cumbre de la roca ya dos veces funesta.

El Océano habia calmado su furia, y pareciendo dormir cansado de su larga agitacion, permanecia sereno y silencioso.

Llegó la comitiva, y abordó el peligroso islote con las debidas precauciones.

¡Horrible espectáculo se ofreció á sus miradas!

Cipriano, tendido sobre una peña, tenia la cabeza abierta con una ancha y profunda herida en la frente: era cadáver.

Marta, arrodillada á los piés del cuerpo inanimado de su salvador, con el cabello en desórden, que cubria sus desnudas espaldas; juntas las manos é inclinado el rostro, en el que se pintaba una mezcla de espanto y angustia conmovedora; con las ropas mojadas y los brazos y cuello cárdenos; helada, inmóvil insensible; nada oia, nada entendia, ni dió muestras de inteligencia ante sus padres, que se lanzaron á su cuello, y cubrieron su rostro con los mas tiernos besos y lágrimas.

En semejante estado fué trasportada á una de las embarcaciones, miéntras el párroco hacia conducir el cuerpo de Cipriano á otra.

Concluidas estas disposiciones, hizo escavar la cima de la roca y plantó la cruz.

Al llegar á la playa encontraron á Mauricio, que acababa de llegar y en vano preguntaba por Cipriano, anegado en llanto. Lanzóse sobre el inanimado cuerpo de su quinto y último hijo; la fuente de sus lágrimas en vez de continuar aliviando su dolor súbitamente quedó agotada, sus ojos lanzaron miradas vagas é inciertas, su rostro todo se descompuso horriblemente, y gritando con una voz de trueno:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!

Se alejó corriendo por los campos.....

V.

LA CONFESION.

Pocas horas despues una numerosa comitiva se encaminaba del Jaguay á Lurin.

El anciano párroco marchaba á la cabeza de ella, cuidando de que se condujese con las mayores precauciones, una camilla preparada con esmero y defendida de los rayos del sol por una ancha manta colgada de cuatro varas de sauce atadas á las esquinas.

En ella iba Marta moribunda.

Gran número de pescadores la seguian, disputándose la querida carga y turnándose los de igual estatura en la solicitada tarea.

Hácia las últimas filas, se veía otro grupo en cuyo centro podia distinguirse un aparato formado por cuatro remos cubiertos con una estera de totora.

Sobre él, cuatro hombres conducian el cadáver de Cipriano envuelto en una sábana.

Reinaba el silencio mas profundo, solo turbado por el ruido acompasado que producía la marcha de la fúnebre escolta.

Llegada al pueblo, la camilla se dirigió á la casa parroquial, mientras el cadáver del salvador de Marta se depositaba en la iglesia.

La siempre caritativa y ya anciana ama del cura se consagró á la asistencia de la jóven, la cual durante ocho dias no dió muestras de vida, sino por el delirio continuo de que era presa. Sin embargo, el médico que la vió no encontró lesion alguna de importancia, y declaró que combatida la fiebre, la naturaleza obraria favorablemente.

Miguel y los padres de Marta no se separaban de la cabecera de la querida enferma, aguardando, entre la duda y la esperanza, ver realizado el lisonjero pronóstico.

El noveno dia tuvo éste exacto cumplimiento: Marta despertó de su profundo letargo, y es mas fácil comprender que describir el gozo de todos los que tanto la amaban.

La convalecencia principió rapidamente; pero un accidente sobrevenido al tercer dia retardó la completa curacion de la milagrosamente salvada jóven.

Era cerca de media noche: la enferma reposaba en su lecho, al parecer, tranquila. La señora Feliciano habia obligado á los solícitos asistentes á retirarse, y sola dormitaba recostada en un sillón cerca de la cama. La lámpara que alumbraba la vivienda arrojaba

sobre el ángulo del cuarto en que estaba la enferma la sombra de la pantalla, iluminando el resto con luz agonizante. Dominaba doquier ese silencio augusto que reina en el campo á esa hora; silencio que hacia aun mas solemne el lejano rumor del mar, que crecia y se apagaba por intervalos, llenando el espacio inmenso con su majestuoso murmullo, comparable á la respiracion de un gigante colosal.

Derrepente, Marta lanzó un grito de espanto y se sento sobre el lecho con rostro despavorido.

La señora Feliciano se precipitó hácia ella preguntándola.

—¿Qué tienes, hija mia, qué tienes?

—¿Ha oido usted, señora, ha oido usted? ¡Ah!.....no es sueño!lo que he visto!.....lo que he oido!.....;Qué es esto Dios mio! exclamó la jóven temblando.

—¿Pero, qué es lo que te ha sucedido, criatura? repetia el ama, explicate, me asustas!

—Espere usted.....¿Oye usted? ¿Oye usted?.....

La señora calló un momento, y oyó efectivamente una lejana y poderosa voz cuyo eco se perdia en el viento, repitiendo:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!

—¡Ah! Cálmate, hija mia, dijo doña Feliciano, manifestamente amedrentada. Sosiégate: esa es la voz de Mauricio que, desde que murió su hijo, anda errante por los campos como un demente, y dicen que en sus violentos accesos profiere esa misteriosa exclamacion.

La enferma obedeció: pero el resto de la noche fué para ella un insomnio agitadoísimo. La señora, vivamente impresionada, tomó el rosario que temblaba entre sus manos, y pasó las horas rezando devotamente.

Luego que amaneció, suplicóla Marta que llamase al señor cura. Este no se hizo esperar, y quedando á solas con ella, se sentó á la cabecera y le dijo con dulzura:

—¿Que quieres, hija mia; Feliciano me ha informado que has pasado mala noche, y que me llamabas.

—Señor, contestó ella con voz conmovida, quiero confesarme.

—¿Te sientes ya bastante fuerte para hacerlo? le observó el

buen sacerdote. El peligro ha pasado y estás muy débil aun, pero si lo deseas, mi deber y mi voluntad son oírte; hazlo, pues, tranquilamente y sin fatigarte.

—Así lo haré; porque es preciso que yo le cuente á usted todo para quedar tranquila. Sí, yo no sé si es sueño ó realidad lo que he visto.....pero estoy asustada; quiero contárselo todo, señor.

—Bien, ya te escucho, dijo el confesor; y colocando el codo sobre el borde de la cama, quedó en profundo recogimiento con la frente apoyada en la palma de la mano.

La penitenta se incorporó, reclinando su cabeza sobre la almohada mas alta, y despues de algunos momentos durante los cuales sus labios murmuraron la oracion de la confesion, comenzó la suya de esta manera:

—Cipriano queria casarse conmigo, y como siempre procuraba hablarme á solas, me seguia á todas partes.....La noche del dia anterior áaquel en que murió, estaba yo con Miguel sentados sobre una peña á la orilla del mar....Despues de haber cantado una cancion que habia aprendido en el pueblo, yo no sé como me encontré en los brazos de mi compañero.....un momento fué ese, despues del cual pensé en lo mal que hacia, y me separé de él corriendo.....en mi camino volví la cara y ví á Cipriano.....me oculté tras de la peña y oí que se desafiaban, citándose para el dia siguiente en “La Viuda”.....Cipriano era temido de todos por su valor y su destreza en el manejo del cuchillo, yo lo habia oido decir..... Miguel no tiene mas que valor..... Cipriano iba á matar á Miguel, y con este objeto lo esperaba esa tarde.....

—¡Es posible! interrumpió el confesor con sorpresa y quedando pensativo.

Siguiéronse algunos momentos de silencio durante los cuales Marta, que hablaba lentamente, procurando explicarse lo mejor que le era posible, se ocupaba en dar forma á las ideas que queria expresar. Despues continuó:

—No dormí toda la noche: no me atrevia á decirle nada á mis padres.....pensaba hablar con Miguel é impedirle que saliera ese dia. Á la madrugada me venció el sueño; cuando desperté era yá tarde: Miguel habia salido á la mar..... No sabia que ha-

cer; al fin me resolví impedir yo misma el desafío presentándome en el lugar..... Vi á mi padre, cuando desde el barranco me hacia señas para que volviese, y le desobedecí: estaba resuelta á todo.....Lo demas usted lo sabe, señor..... Involuntariamente he sido la causa de la muerte de Cipriano.....Él, valiente y decidido, me ha salvado la vida perdiendo la suya.....

Una pausa mas larga tuvo lugar aquí. La enferma estaba conmovida; lágrimas abundantes corrian por sus mejillas, su respiracion era fatigosa.

—Tranquilízate, hija mia, le dijo el cura con suave acento. Mas que una falta, fué una imprudencia la que cometiste, si bien impulsada por un sentimiento generoso.

La confesada, algo repuesta, siguió diciendo:

—Ayer he pensado mucho en todo esto; la sombra de Cipriano se me presentaba, y me parecia que con razon me acusaria de ingratitud si me casaba con Miguel.....Estaba casi resuelta á sacrificar mi amor y á entrar á un convento luego que me levantase. Al anochecer, me quedé dormida; desperté cuando era ya muy tarde sin duda, porque todos se habian ido y solo la señora Feliciana me acompañaba. Volví á pensar y pensar..... cuando me sentí trasportada á “La Viuda.”.....

—Estabas soñando, sin duda, le observó el confesor, ó la debilidad y la preocupacion te hacian delirar.

—No sé, señor; pero le ruego que me permita contarle todo lo que ví,

—Sigue, hija mia, te escucho con interes.

—Yo me encontré sobre el islote. Á diez pasos del lugar en que me hallaba ví á dos hombres que peleaban armados de los puntiagudos cuchillos que usan los pescadores. ¡Ah! eran Miguel y Cipriano. Miguel se defendia, Cipriano lo atacaba con furia! Yo estaba clavada en el sitio y no podia moverme; ellos no hacian caso de mis gritos y súplicas.....Derrepente, Cipriano golpeó de un modo extraño el mango del cuchillo de su enemigo, y este quedó desarmado; el arma habia ido á chocar contra una peña á veinte pasos de distancia.....Cipriano se lanzó sobre Miguel, y ví ¡Oh Dios mio! la punta del cuchillo en su garganta

.....Pero en ese momento un fantasma vestido con un manto negro se apareció entre ambos, y el hijo de Mauricio cayó al suelo herido en la frente por un rayo!.....Yo me encontré entónces junto á Miguel, y veíamos ambos sin susto el fantasma, que era el mismo que cuentan se aparece los viernes al toque de ánimas en “La Viuda,” Nos miraba con ternura y sonriendo!.....Un instante despues estendió las manos sobre nuestras cabezas, y bendiciéndonos se elevó en los aires. Sus vestiduras se habian vuelto blancas; yo lo miraba perderse entre las nubes, cuando escuché un grito lejano que decia:

—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!.....

—La señora lo oyó tambien.

El cura no contestó una palabra. Habia se levantado rapidamente del asiento al escuchar las últimas palabras de Marta, y se quedó mirando á esta con la sorpresa y la admiracion mas grandes que pueden pintarse en humano semblante.

El velo de una horrible duda de veinte años acababa de descorrerse ante sus ojos!

¿Quién conoce el misterioso enlace de los humanos acontecimientos? ¿Quién sabe á que leyes obedecen? ¿Qué sabio podrá señalar la mano que los dirige?

La confesion de Marta habria hecho asomar la sonrisa á los labios del escéptico materialista de nuestra época; habria exitado el vivo y serio interes del crédulo esperitista de nuestros tiempos, que calificaria á la jóven como exelente *Medium*; habria sido escuchado con respeto y atencion por el filósofo racionalista de nuestro siglo, que está persuadido de que nada hay sobrenatural en el mundo, realizándose todo en virtud de las eternas leyes de la naturaleza, aunque en infinitos casos no alcance aun la inteligencia del hombre á descubrir el *modus operandi*.

Lo que es para el cura, que no era mas que un buen cristiano de aquellos tiempos, baste saber á nuestros lectores que, creyendo en la intervencion sobrenatural de la Providencia, remontó su pensamiento á veinte años atras, y repasando en su memoria los sucesos narrados en esta historia, despues de haber permanecido

largo rato con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, exclamó con acento de convicción:

— ¡Él fué su asesino!

Volvióse despues hácia Marta, y con voz sosegada y solemne le dijo:

— Calma tus dudas, hija mia; adora en silencio los altos é incomprendibles designios de la Providencia y cástate con Miguel.

Y estendiendo sus manos sobre la cabeza inclinada de la penitenta pronunció las palabras de la absolucion.

VI.

EL REGALO DE MARTINA.

Tres meses despues las campanas de Lurin alegraban los aires con sus sonidos.

El templo se hallaba lujosamente adornado é iluminado con profusion. En la plaza se veian arcos cubiertos de flores y cintas; cuadrillas de payas danzaban en el atrio, y la detonacion de las camaretas dominaba únicamente, de tiempo en tiempo, el bullicioso alboroto de la muchedumbre, que se apiñaba riendo y cantando ya á la puerta de la iglesia, ó en derredor de las mesas colocadas en la plaza y cubiertas de viandas y licores. Los nombres de Marta y Miguel corrian de boca en boca y eran la alegria del pueblo y la causa de tan espléndida fiesta, tan solo comparable con las renombradas de las *bodas de Camacho*.

Sí, Marta, la hermosa muchacha mas querida del pueblo, se casaba con el honrado húrferano que sin conocer el nombre de sus padres, era llamado hijo por los ancianos, hermano por los jóvenes, amado por todos.

La simpática novia habia salvado de las garras de la muerte dos veces en un mes: acaba de salir de la peligrosa enfermedad que la puso al borde de la tumba, despues de haber escapado del furor de las olas.

Miguel, á ruegos de ella, habia renunciado á empuñar el remo, y el cura les habia proporcionado ocupacion á su lado.

Eran las doce de tan dichoso día y las campanas anunciaron que la ceremonia había terminado, viéndose entónces agrupar la multitud, que seguía á los desposados, delante de la casa parroquial, cuyo corredor y sala fueron invadidos inmediatamente.

Los novios, rodeados del cura, la señora Feliciano, la familia de Andrés, las autoridades del lugar y las personas mas notables del pueblo, ocupaban la cabecera del espacioso salon repleto de gente, que aplaudia entusiasmada cada vez que se acercaba alguien para poner entre las manos de los dichosos consortes algun regalo de boda.

Numerosos fueron éstos y parecia que habia terminado la generosa manifestacion, cuando vieron todos á dos personas que se abrian paso entre la multitud para aproximarse á los recién casados. Una de ellas era un hombre anciano de repugnante aspecto, cubierto de andrajos que dejaban ver por entre sus rasgados girones la lepra mas asquerosa.

Tras de éste, y á favor de la facilidad con que por huir de su contacto se apartaban los asistentes, venia una viejecita que contrastaba con el personaje anterior por su aseo y agradable figura.

Ambos llegaron hasta la mesa donde se habian estado depositando los regalos, y miéntras el leproso paseaba una mirada siniestra sobre las personas que tenia á su alrededor, Miguel y Andrés se dirigieron á la anciana y la abrazaron con cariño; el segundo la ofreció el asiento que habia ocupado, y que ésta aceptó diciendo:

—¡Ay! y que cansada estoy. Nos demoramos en el camino mas de lo que creia, y acabo de apearme. He llegado tarde, pero á tiempo todavia para hacer mi regalito al novio.

El cura preguntó á Andrés con curiosidad:

—¿Quién es esta mujer?

—Está es, señor, la que ha criado á Miguel, y quien me lo entregó muy niño.

—Para servir á Dios y á usted, mi señor cura, agregó la recién llegada, inclinándose con respeto.

—Basta eso, replicó el párroco afectuosamente, para que desde ahora cuente usted con mi cariño, aun que es la primera vez que la veo.

—Muchas veces he querido venir; pero mi edad y mis acha-

ques me lo han impedido; solo porque Miguelito se casaba hoy. he hecho este viage. Él si es un ingrato, apenas me va á ver de tarde en tarde.

El aludido se levantó y la abrazó nuevamente como protestando contra la acusacion.

—¡Ay! Que gusto tan grande tendria hoy la señora doña Cármen, si viviera, añadió la anciana enjugándose una lágrima.

—¿De quien habla usted? preguntó el cura con interes, al escuchar ese nombre.

—De mi patrona, señor, la señora doña Cármen del Villar, que Dios tenga en su gloria, y que murió repentinamente, veinte años hicieron en Abril.

El cura se quedó pensativo y silencioso, cruzó algunas palabras en voz baja con Andrés y levantándose del asiento entró al cuarto inmediato. Un momento despues volvió al salon, conduciendo de la mano á una mujer vestida de negro.

No era ya jóven, pero su rostro tenia aun el atractivo que le queda á la mujer que ha sido bella: destello postrero de la hermosura, que cautiva como el último resplandor del sol al hundirse en el ocaso.

Su semblante era pálido; sus ojos, siempre hermosos, rodeados de un círculo oscuro, miraban con estraña vaguedad, pero con melancólica dulzura. Su cabellera cana caia sobre su espalda en dos gruesas trenzas como dos cintas de plata. Su talle era esbelto y flexible, su andar lento y majestuoso.

La aparicion de éste personaje produjo un sordo murmullo en la concurrencia. El hombre de los andrajos dió dos pasos atras, su rostro se puso lívido, y tuvo que apoyarse contra la pared para no caer.

El párroco la condujo delante de la nodriza de Miguel, y le preguntó con acento claro y marcando notablemente cada palabra:

—Cecilia, ¿conoces á esta mujer?

La infeliz loca miró con atencion á la anciana durante un largo rato, volvió la vista hácia su protector como asombrada, y tornando á mirar á la mujer, meneó la cabeza con ademan negativo.

La viejecita, sin comprender lo que pasaba, se habia levantado

y parecía preguntar con sus miradas, que significaba todo eso.

El cura continuó, con voz acentuada:

—Cecilia, ésta es Martina.....¿Te acuerdas de la señora doña Cármen, tu madrina?

Esta vez, alzó los ojos al cielo, y haciendo como un esfuerzo, bajó la cabeza con señal afirmativa, diciendo:

—Mi madrina.....La señora.....Sí!

—¡Ah! exclamó la anciana, esta es Cecilia! la ahijada de la señora, quién podría reconocerla!

Y acercándose á ella la estrechó entre sus brazos con efusion.

Ya se vé, continuó, veinte años que no la veía! ¿No te acuerdas de mi, hija mia? La última noche que te ví te habias enfermado; pero la señora, contra lo acostumbrado, no nos permitió entrar á tu cuarto, y luego que amaneció me mandó á su casa del Cercado y no volví á verte.

El párroco, que se complacia en que la nodriza de Miguel hablase á Cecilia de lo acontecido en esa lejana época, la animaba á que continuase, teniendo fijos sus ojos en el rostro de la loca, que la escuchaba con atención, mirándola con una mezcla de asombro é interes sumo.

—Tú te veniste acá justamente la víspera de la muerte de la señora, continuó la anciana. Ella me lo dijo, porque iba al Cercado todos los dias á ver al niño que yo criaba. Tú, que estabas en la casa, no sabias nada de esto. Pero ¿no te acuerdas que hacia poner la caleza diariamente? Ella me encargaba el silencio. Yo callaba, comprendiendo que este asunto encerraba sin duda un gran secreto!

Cecilia no desprendia los ojos de Martina, su rostro estaba inmutado. Un vivo color teñia ya sus mejillas, y pasaba sus manos con frecuencia por su abrasada frente.

El silencio mas imponente reinaba en la sala; los circunstantes tenian fijas las miradas en el grupo que formaban los tres personajes, que representaban papeles tan interesantes, y escuchaban con religiosa atención á la recién llegada de Lima, que tan nuevas y estrañas cosas contaba.

Siga usted, siga usted hablándole de eso, le dijo el cura en voz baja y con marcada intencion.

—Siempre iba la señora sola siguió está; pero un dia fué acom-

pañada por un jóven á quien no conocí, ni he vuelto á ver, que acariciando al niño, lloraba, estréchandolo contra su pecho, y que al irse le puso la prenda que es mi regalo de boda.

Y mientras decia estas últimas palabras, sacó de su seno una bolsita, desató el cordon que la cerraba, y extrajo de ella un paquetito cuyo papel amarillo por el tiempo desdobló lentamente.

La atencion se redobló: todos miraban con ansiosa curiosidad el paquete, esperando ver el misterioso regalo.

En medio, pues, del silencio mas profundo, Martina llamó á Miguel.

--Arrodillate! le dijo, con tono imperativo.

El jóven obedeció.

La nodriza colgando entónces al cuello de Miguel una crucecita de oro pendiente de un cordon encarnado, concluyó con voz solemne y conmovida:

—; Recibe de mis manos el único y último regalo que te hizo tu padre. Él colgó esta cruz á tu cuello. El dia que se conozca su nombre, sabrá el mundo el tuyo!

Una exclamacion de asombro general rompió el comprimido silencio del auditorio!

Pero la admiracion llegó á su colmo al ver que Cecilia, que habia escuchado estas últimas palabras con marcada agitacion, se precipitó hácia Miguel.....examinó un instante la cruz.....é inflamado el rostro y toda convulsa, dió un paso hácia atras..... contempló al jóven un momento.....y desbordada por tan inmensa conmocion la fuente del llanto, sellada para ella hacia veinte años: lanzó un grito de suprema y mas que humana alegria, y exclamando:

—; Hijo mio! ; Hijo mio!.....cayó sin sentido entre los brazos del hijo de Lorenzo.

Mientras esto pasaba, el hombre de los andrajos salió de la sala dando traspies como un beodo, y con las manos levantadas al cielo, inyectado de sangre el semblante, crispados los cabellos y saltados los ojos, gritó por última vez, cayendo sin vida contra el muro del corredor:

—; Justicia de Dios! ; Justicia de Dios!
